

tras, amor á las cosas de esta tierra: á su flora,
á su fauna, á su espléndida naturaleza.

Y allá va, no como "El Himno de los Bosques" de Othón—triumfal canto rústico—sino como estridente clarinada que convoca paladines á combatir noblemente en pro del arte nacional.

JUAN B. DELGADO.

Beatus ille qui procul negotiis.
Epodon. ode II.

I

AL fin llegué á la sierra! ¡Dios lo quiso!
Mi delirio mayor, mi más risueña
esperanza, cumplir era preciso.
Ya estoy en el umbral del paraíso,
donde perpetuamente el hombre sueña.
Hoy alcanzo mis dulces y sencillas
aspiraciones; ávido contemplo
de la Creación las grandes maravillas,
y con inmensa fe, como en un templo,
al Sér Supremo adoro de rodillas.
¡Lejos de la ciudad. . . ! ¡Oh, quién pudiera
trocar aquella dicha pasajera,
que avara roba al corazón la calma,
por la casta alegría duradera
que encuentra aquí con entusiasmo el alma!
Allá eterno bregar, eterna lidia
con el rastrero monstruo de la envidia;
allá siempre el engaño, la miseria

que ostenta lujo, el mundanal bullicio;
 allá, siempre, rodando la materia
 á la sima miasmática del vicio. . . .
 Aquí sana lealtad, paz y ventura,
 la humilde sencillez del pueblo bajo
 que come en su cabaña con holgura
 el pan de la honradez que da el trabajo.
 ¡Tierra de promisión, edén bendito,
 bajo el azul de tu anchuroso cielo
 el numen del poeta tiende el vuelo
 —mariposa de luz— al infinito.
 Salud, bosque feraz; salud, oh flores,
 fieras, insectos, aves y reptiles,
 mansos ríos, torrentes bramadores,
 montañas y cavernas y pensiles. . . .
 Pues os miro ante mí, tras los diversos
 reveses que sufriera en el camino,
 deponga mi bordón de peregrino,
 y al ritmo del laúd vuelen mis versos!

II

LA noche se alejó. Ya en el Oriente
 nace un rayo de luz que lentamente
 tiñe el zafir con claridad muy vaga;
 ya el lucero del alba opalescente
 entre cendales de crespón se apaga.

Al soplo de las auras matinales
 ondulan los cafetos, ostentando
 el rojo fruto en sartas de corales,
 y se cimbra la palma, derramando
 con su abanico efluvios tropicales.
 El rocío—las lágrimas que llora
 el Genio de la Noche—á los claros
 aurorales, del cáliz de las flores
 mezclado con perfumes se evapora.
 Va despertando por doquier la vida:
 en el redil el becerrillo brama
 con quejumbrosa voz estremecida,
 y en sus filiales prolongadas quejas
 busca á la madre y con afán la llama;
 balan en el aprisco las ovejas,
 y—heraldo de la luz, ujier que cuida
 el corral, pasar viendo hora tras hora—
 marcial el gallo, con ardor desata
 su voz por el espacio vibradora,
 y alegre anuncia en su clarín de plata
 que llegó al mundo la princesa Aurora.
 Subo al monte: en el cielo se confunden
 de la gama del iris los colores,
 y en un mar lapislázuli se funden,
 al asomar el rubio y luminoso
 Astro-rey, diademado de fulgores.
 Del río borbollante y sonoro

se alza un vaho, la pálida neblina
 que vaporosa por el aire asciende
 y en girones de grácil muselina
 en los picachos rásgase y se prende.
 Miro las rocas del altivo cerro
 de florecillas múltiples manchadas,
 y por las costras de cinabrio y hierro,
 de rojizo y de verde salpicadas.
 Ya va á rasgarse el Orto: se estremece,
 preséntase más bella la mañana,
 y á medida que el Sol surge y decrece
 en las grutas el pórvido parece
 rico filón de nívea porcelana.
 Desciendo á una floresta encantadora,
 y ¡oh prodigio! con pompa soberana
 se desarrolla exúbera la flora
 de la naturaleza americana.
 Enrédase en los troncos de abedules
 como serpiente la opulenta liana;
 hay hiedras y campánulas azules,
 azucenas, tan blancas como el cuarzo,
 que bordan y embalsaman la pradera,
 y otras flores magníficas que en Marzo
 desparrama la diosa Primavera.
 La mariposa cruza con donaire
 —flor polícroma, alada y vanidosa—
 tejiendo serpentinatas en el aire

y jugando feliz de rosa en rosa.
 ¿Mas qué pasa? Chorrea viva lumbre
 por los cantiles de la esbelta cumbre. . . .
 ¡Ah! Ya se muestra, al fin, grande, imponente,
 como disco de aurífera custodia,
 el Sol en el santuario del Oriente.
 Y todo canta mística salmodia:
 gárrula rueda el agua de la fuente,
 gorgoritea el manantial parlero,
 y borbotando limpio en el venero,
 sacudiendo su crin de roca en roca,
 el espumoso y mugidor torrente
 como tritón cegado se desboca.
 Lanza á los vientos el turpial canoro
 un salpique de notas tremulantes,
 y trina dulce la calandria de oro
 y pía á veces, imitando llo-ro,
 el cardenal de plumas llameantes.
 Zurea la paloma; la sencilla
 parda torcaz, arrulla placentera;
 la medrosa elegiaca tortolilla
 querellándose gime lastimera,
 y el *clarín de la selva* alegre canta
 una égloga de Pan en el doliente
 caramillo que encierra su garganta.
 Y de ese mar de arpegios, derrepente,
 como un himno triunfal que sube al cielo,

emerge el canto erótico que ufano
y alado trovador alza en su vuelo.
Es el rey que domina soberano
de Anáhuac en los bosques seculares,
el bardo de dulcísimos cantares,
el moreno zenzontle mexicano.

Es de día. En el bosque se levanta
rumor de incubación—vago sonido
de savia creadora, voz que canta
en la fuente, en el árbol y en el nido.—
Es el solemne instante en que palpita
el génesis; instante apetecido
en que el trabajo empieza, hora bendita.
El leñador, con vigoroso brazo,
derriba el árbol agrietado y seco,
y el ruido que produce el brusco hachazo
va propagando sin cesar el eco.
Llega en alas del viento, que se baña
en el olor que esparce la campaña,
el crujir del trapiche que rechina
al aprensar la caña sacarina.
Los barreteros clavan en la veta
de esmaltado granito, la piqueta
que arranca á veces con su choque lumbre,
y á los asnos de grave mansedumbre
cargan las piedras de abrumante peso.

Asciende en caprichoso remolino,
como vellón azul, el humo espeso
de las hornadas de carbón de encino.
El calor va aumentando; la calina
sus chales tiende de flotante gasa,
cacarea alarmada la gallina,
y el ronco cuervo, crascitando, pasa.
Se cierne el gavilán con tardo vuelo,
súbito baja como rauda flecha
y se lleva en las garras el polluelo
á quien ha tiempo sanguinario acecha.

Salgo de la intrincada serranía,
el hambre me devora las entrañas,
y me lleno de insólita alegría
al divisar, no lejos, las cabañas
humeando en la rústica alquería.
Una muchacha púber cuanto hermosa,
—“*Flérida para mí dulce y sabrosa*”—
me sale alegre á recibir de prisa
me seduce su voz armoniosa,
me enamora su cándida sonrisa.
Penetro en su casita, y á su lado
saboreo, entre chanzas y entre bromas,
un almuerzo frugal y regalado:
un cabrito muy tierno y dos palomas.

III

LA siesta de los trópicos. Natura
 como virgen sensual los ojos cierra
 á los rayos del astro que fulgura,
 y que á plomo descenden de la altura
 á clavarse cual dardos en la tierra.
 Natura es una virgen entregada
 con molicie al deleite y al reposo,
 que se sueña en los brazos del hermoso
 Febo, que la encendió con su mirada. . . .
 De aquel que ansioso en el cenit se empina
 recorriendo de nubes la cortina
 por mirarle las formas arrogantes,
 y le manda sus besos fecundantes
 y con un nimbo de oro la ilumina.

Llueve fuego; el ambiente saturado
 de olores resinosos, la faz quema.
 Todo en este momento está entregado
 á quietud melancólica y suprema.
 Cabe el arroyo diáfano y tranquilo,
 bajo el toldo de ceibas y de sauces,
 descansa el escamoso cocodrilo
 mostrando abiertas las armadas fauces;
 y entre el lodo, entre el fango, entre las quiebras

de los resecos y mermados cauces,
 anudadas dormitan las culebras.
 Esparcidas están en los gramales,
 absorbiendo los rayos estivales
 y esquivando el frescor de las fontanas
 que salpican diamantes en las hojas,
 las de ojos papujados—las iguanas—
 colgando en su sopor las lenguas rojas.
 Ígneas entonaciones purpurinas
 chispean en el cielo despejado,
 y desparcido yace en las colinas,
 rumiando ahito, entre las rocas áridas
 que grata sombra prestan, el ganado.
 Préndense en el chayote las cantáridas,
 los mayatones, con solemne pompa,
 el verde-bronce de sus alas lucen,
 el mosquito zumbón tañe su trompa
 y las tercas cigarras chirriando
 su sonido metálico producen. . . .
 Y se arrastra la víbora, agitando
 sus cascabeles con extraño ruido,
 del macho las caricias esquivando
 á refugiarse al subterráneo nido,
 mientras aquel tras ella va vibrando
 la rojiza lengüeta bifurcada,
 y los colmillos al silbar mostrando
 como mueca de horrible carcajada.

Con el vapor que en el espacio brilla
 cruje el reseco tronco y se revienta,
 brinca en la barda la ligera ardilla
 y sobre lecho de menuda arcilla
 grisáceo lagartijo se calienta.
 Pávido por la rampa huye el conejo
 que del temible cazador se escuda,
 y al sol se ven el alacrán bermejo
 y la negra tarántula peluda.

Baja del monte, con andar tardío,
 la rolliza torada jadeante,
 buscando el agua del undoso río;
 y después de gustar la refrescante
 clara linfa, levanta la cabeza
 para mugir con libertad y brío. . . .
 Y cada noble bruto se espereza:
 uno, frota su piel en la corteza
 del árbol ó en los picos de la roca;
 otro, buscando á la gentil novilla
 sus fuertes cuernos con los de ella choca. . . .
 Es el mes más alegre de los meses,
 es el mes del placer: aman las reses. . . .
 algo en sus glaucos ojos treme y brilla:
 el bravo toro á la consorte expresa

en sus salvajes expansiones francas,
 su instinto pasional, cuando la besa
 lamiendo alegre sus lustrosas ancas.

Y sigue el Sol inmenso é inflamado
 lanzando en erupción sus centelleos,
 como un ojo sanguíneo y dilatado
 que tiembla con fugaces parpadeos.
 De tronco á tronco, laboriosa araña
 sus leves hilos de babaza enreda,
 y, cual coqueta al rondador, con maña
 prende al insecto en la tremante seda.
 En el cáliz de agrestes amapolas,
 su ansia de néctar la colmena apaña,
 y la *gallina de agua* flota leda
 —esquife de marfil—sobre las olas.
 El lago duerme transparente y manso;
 nada turba su plácido reposo,
 apenas si se mueve algún remanso
 cuando la verde rana chapotea,
 ó bien, cuando el *tutuvitzí* nervioso
 con ansiedad las ondas picotea.
 Como ánfora coríntia, la ninfea
 descuella virginal entre mil flores;
 y por cima del limpio cristal pasa
 un enjambre de insectos bullidores

batiendo el ala trémula de gasa.
 ¡Qué blancas que se ven las mariposas
 del quieto lago en la extensión serena!
 Tal parece que manos misteriosas
 riegan pétalos niveos de azucena.

Y en las márgenes címbra el papayo,
 íruese el elegante cocotero,
 se inclinan los bejucos con desmayo,
 y charla negligente el guacamayo,
 oculto entre las ramas del *manguero*.
 En lo apartado de la sierra obscura,
 con el tesón de infatigable obrero,
 el nido labra en la corteza dura
 con su acerado pico, el *carpintero*.

Ya de tanto vagar estoy cansado;
 y, sudoroso y débil peregrino,
 depongo con pereza mi cayado,
 y quedo sobre el césped recostado
 para seguir más tarde mi camino.

IV

EL Sol va desmayando, y á medida
 que descende, se escucha por doquiera

nuevamente la estrofa de la vida:
 revuela el chupamirto en la pradera,
 se alejan del riachuelo las garzotas,
 y tornan de lejana sementera,
 con los buchecillos repletos, las *huilotas*.
 Dulces jilgueros, mirlos charlatanes,
 preludian melancólica balada;
 las alondras asperjan su cascada
 de ritmos, y crotoran los faisanes.
 Como un ágil gimnasta va ligero
 de rama en rama, el pájaro mulato,
 remedando el chifido del arriero
 que á los corrales encamina el hato.
 Desentume su ala el cefirillo,
 su hálito entibia la caliente zona,
 se oye á lo lejos el chirriar del grillo
 y el gemir de *conguita* cimarrona. . . .
 Va á tramontar el Sol; ocres guñapos
 de celajes, avanzan á Occidente,
 y del aguaje elévase estridente,
 el *miserere* ronco de los sapos.

Tengo por pedestal maravilloso
 la cúspide del cerro. ¡Cuán hermoso
 se despliega el paisaje ante mi vista
 —fuente eternal de inspiración secreta—

y el alma se conmueve y se contrista
 no pudiendo alabar al Gran Artista
 con la sublime lira del poeta!
 Ya bajan los corderos los barrancos
 á grandes brincos; balan, travesean,
 y del abrupto monte por los flancos
 como reguero de granizo albean.
 Y, seguido de un perro melonado,
 vigilante pastor de aspecto rudo
 marcha silbando en pos de su ganado,
 mientras las tardas, perezosas yuntas,
 mugiendo hacia el corral avanzan juntas
 llevando de revés el corvo arado.
 Su haz de leña á la espalda y corcovado
 el *hachero* descende la montaña,
 y lento y sudoroso y fatigado,
 anhela descansar en su cabaña.
 Y Vesper guiña su ojo soñoliento
 allá en la arrebolada lejanía,
 se destiñe el cerúleo firmamento
 y llora la tipluda *chirimía*.
 Cae el Sol, tras la cumbre levantada,
 como rodela fulgurante y roja
 que, en la arena del Circo purpurada,
 un invisible gladiador arroja. . . .
 El día está expirando; la tiniebla
 desenvuelve su clámide enlutada,

y de endriagos la atmósfera se puebla
 y bosteza distante la hondonada. . . .
 ¡Ah! su bostezo lánguido y profundo,
 anuncia el sueño que descende al mundo.
 Augusto es el momento... el cuadro asombra...
 la luz vacila. . . . trémula se apaga. . . .
 se sumerge en un piélago de sombra. . . .
 ¡es una Ofelia rubia que naufraga!
 Y bajo ya del cerro.

El casto broche
 va cerrando la flor tímidamente,
 y—viajadora del desierto ardiente—
 su tienda va á plantar la negra noche.

V

LA virgen cafre se vistió de duelo,
 ve de su amante los lumíneos rastros,
 y al sacudir los pliegues de su velo
 salpica el ónix del combado cielo
 con el brillante polvo de los astros.
 Es de noche; se escuchan los ladridos
 que al aire lanzan los mastines graves,
 y con fúnebres gritos van las aves
 nictálopes, saliendo de los nidos.
 Cesó el trabajo, la tenaz fatiga
 por la existencia; en el jacal se abriga

el apacible campesino honrado,
 y se entrega en los brazos de la esposa
 que tierna y sonriente y cariñosa,
 le enjuga el rostro de sudor bañado. . . .
 ese sudor que, en lágrimas temblantes,
 gota á gota el terruño fertiliza
 produciendo cosechas abundantes. . . .
 sudor que el rico exprime y cristaliza
 en puñados de perlas y diamantes.
 Ya circula narcótico beleño,
 semeja inmenso túmulo la tierra,
 y ya se siente la embriaguez del sueño,
 y poco á poco el párpado se cierra.

La noche es el reposo, es el misterio;
 ante ella el alma sufre y se consterna
 como en obscuro y vasto cementerio,
 como en inmensa y lóbrega caverna. . . .
 La noche es mar de sombras sin orillas,
 y profundo y fantástico. . . . en él bogan
 los trasgos, esas negras pesadillas
 que nos hacen gritar y nos ahogan.

Me interno en la espesura: ni un rüido,
 ni el más leve rumor. . . . es el momento
 de elevar al buen Dios el pensamiento,
 en un templo selvático y dormido.

La víbora no silba; la torada
 sobre vastos gramales dispersada
 dormita en los confines del potrero;
 ya su bronco mugir en la callada
 noche, en alas del céfiro no asciende;
 el leopardo feroz con altanero
 y grave porte, en su cubil se tiende;
 cierra los ojos y dormido finge,
 posada entre las manos la cabeza,
 el genio de la olímpica pereza
 bajo la forma de fatal esfinge.

Pero no todo duerme: entre la obscura
 sierra, vagan audaces cazadores
 y del tiro estallante á los fragores
 el jaguar se sorprende con pavura. . . .
 allá va. . . . corre herido, ya flaquea,
 y al sentir que la sangre le chorrea
 en su cólera ruge con bravura,
 su verde ojo de sátiro chispea,
 y con las convulsiones de la muerte
 rueda vencido al fin, exangüe, inerte.
 Es la hora propicia para el robo:
 al viento la nariz, con tardo trote,
 llegan al rancho el carnicero lobo
 y el rapazuelo y ladrador coyote.

Subo al monte: el peligro no me arredra,
 pero mis fuerzas más y más se agotan;
 las águilas que duermen en los nidos
 que ocultos se hallan bajo tosca piedra,
 al rumor de mis pasos se alborotan,
 y como torvos buitres agoreros
 vuelan lanzando fúnebres graznidos.
 ¡Qué obscuridad! Los pálidos luceros
 no envían á la tierra sus fulgores. . . .
 ¡Tan débil es su tembloroso brillo!
 Del espeso capuz en los negros
 ved lo que sólo irradia y fosforece:
 el luminoso y breve gusanillo
 que resbala en las hojas de las flores
 y—lágrima de oro—se estremece;
 enjambres de luciérnagas que vagan
 como polvo de Sol, y que intranquilas
 ora encienden su luz, ora la apagan,
 y dos manchas de lumbre: las pupilas
 del Hércules felino: el tigre rudo
 de mostachos erizos y nervudo.

Mas de pronto el espacio se ilumina:
 una ola gigante y ambarina
 con fulgentes destellos todo baña,

lo envuelve todo: el bosque y la colina
 y el vergel y la selva y la montaña. . . .
 ¿Qué ha pasado? Surgió bicorne Luna
 —hoz de nácar—segando una por una
 las estrellas—espigas de la noche—
 y espejea el cristal de la laguna
 y canta alborozado el *cuítlacoche*.

Ya de tanto vagar estoy cansado,
 y, pues quiere reposo la fatiga,
 voyme camino del albergue honrado
 donde me tiene la pastora amiga
 un jergón para el sueño preparado.

VI

ABRO los ojos, y en Oriente—diosa
 que tiritando deja la bañera
 para envolverse en sábana nivosa—
 sonrío la mañana ruborosa
 empapada de luz la cabellera.
 Y es preciso partir, adiós ¡oh flores!
 fieras, insectos, aves y reptiles;
 mansos ríos, torrentes bramadores,
 montañas y cavernas y pensiles. . . .
 Adiós, campos en flor, donde contento,

ajeno á todo humano sufrimiento,
viví en humilde y rústico palacio,
grabando en mi brumoso pensamiento
el *Beatus ille* del divino Horacio;
en donde al lado de la bella Flora
—la Flérida gentil y seductora—
viví en alegre y amoroso idilio,
disfrutando la paz encantadora
que ha narrado en sus églogas Virgilio.
Adiós, dejo este ambiente puro y sano,
vuelvo á la corte donde el mal asedia....
¡La corte!.... inmundo estercolero humano
do germinan delitos de tragedia.
Madre Natura: adiós.... Tus ricas galas
dejo de contemplar; pájaro herido,
despliego ya las enfermizas alas....
¿Y á dónde voy?...

¡En busca de otro nido!

